

La comunión con la esperanza colectiva me mantuvo a flote: Mis vivencias en el paro nacional del 28a (2021)

Yusmidia Solano Suárez

Investigadora social, feminista zamba, integrante de la Red de Mujeres del Caribe, la Colectiva Feminista Emancipatoria y profesora de la Universidad Nacional de Colombia Sede de La Paz.

Como las olas que van y vienen, la esperanza colectiva se expresó de manera radical en el Paro Nacional de Colombia que empezó el 28 de abril de 2021. Cuando el país se sacudió de su letargo, ella estalló, creció, se convirtió en vendaval y hubo momentos en que pasó a ser huracán. En otros, disipó su fuerza para resurgir en diversos lugares y con formas diferentes. Sencillamente la embriaguez que producía en todas nosotras¹ fue rotunda. Fue un amor a primera vista.

Más que la identificación con ideales políticos que no habíamos tenido ocasión de compartir con esas nuevas generaciones, fueron sus gestos de creatividad, movilización y resistencia por cosas tan simples como el derecho a vivir dignamente, lo que teníamos en común: una comunión espiritual colectiva y eso se sentía en el ambiente. La fuerza de lo sentido, de lo vivido por otros cuerpos, sus gestos, su entusiasmo, sus risas y cantos que al rato siguiente eran convertidos en llanto, sufrimiento y dolor, lo sentíamos todas. Y era doloroso constatar en las cámaras de los medios y las redes sociales la manera como el gobierno y sus fuerzas represivas tenían la

capacidad de trocar esa alegría de pueblo unido en masacres de horror. ¡Qué siniestro es el deseo insaciable de poder!

Cada día durante más de un mes viví en vilo: sentía euforia, se me ensanchaba el alma al recibir expectante las noticias de los acontecimientos del paro. No dormía ni comía a las horas por hacer seguimiento a las marchas, a los plantones, a los ataques del Esmad, a los análisis y a los cientos de mensajes y comunicados que circulaban por todas partes. El cuerpo entumecido, a veces agazapado, a veces adolorido funcionaba al ritmo del paro y sus urgencias.

Dormía y me levantaba en función de lo que hubiera que hacer por el Paro; dormía poco, sintiendo que tenía que acompañar desde mis propias circunstancias esa página épica de nuestra historia que estaban escribiendo las nuevas generaciones con sus acciones descarnadamente creativas y atrevidas, a las que se respondía desde el poder con todas las miserias que generan los males de este país. Se expresó lo mejor y lo peor que tenemos como sociedad: la ternura de la gente, la capacidad de dar a otros, el abrazo y la comida compartida; esa vivencia de construcción de lazos de afecto y cuidado se expresó por toda nuestra geografía. Pero también el narcotráfico, sus bandas

¹ Cuando sea posible, utilizaré el femenino para generalizar, incluyendo en él a todas las personas.

armadas y los violentos de todo tipo, que quisieron aprovecharse del momento y, como sabemos, estos corrompen todo lo que tocan.

Por momentos me poseía la angustia que produce la incertidumbre: angustias de una media noche expectante por no tener claro que iba a pasar, por imaginar cómo terminaría todo, qué nuevo episodio de tragedia o epopeya conoceríamos en la mañana siguiente.

Las lágrimas corrieron con facilidad por mi rostro varias veces al día. ¡Cuánto lloraba! Luis, mi compañero, decía que me iba a enfermar. Pero era un llanto reparador, silencioso, suave, como un bálsamo. Acudí al tejido como medio para desestresarme un poco y tejía febrilmente con lana y agujas y luego me tocaba deshacer las puntadas varias veces porque el cansancio de tantas horas en vilo me hacía equivocar. Para buscar distensión colectiva, varias veces hicimos rituales de sanación en la Colectiva y la Red de Mujeres del Caribe conectadas virtualmente.

Y es que cada día parecía tener más de 24 horas: eran tantos los acontecimientos que se sucedían que no había tiempo de asimilarlos porque en realidad pasó frente a nosotras la acumulación de años de voces silenciadas, ignoradas, burladas, reprimidas. Y ahí estaban, expresando con el cuerpo, con la imaginación y con las ideas lo que verdaderamente somos: indígenas, afros, gente popular y de todos los rincones poniendo sus agendas ante la nación indolente y excluyente, que se ha construido con sus esfuerzos, pero sin su reconocimiento.

Cada día buscaba entender, sopesar, encontrar explicaciones, asociar las diversas interpretaciones que se hacían del Paro y las respuestas que se necesitaban, aproximarme a lo que podíamos hacer. Y tuve necesidad de escribir para entender lo que estaba pasando

Primero escribí un recuento de lo que pasaba en el Paro, documento de borrador que corregimos entre muchas y salió como comunicado. En él procuré consignar los hechos que estaban ocurriendo. Luego, el dolor me llevó a redactar otro escrito que llamé inicialmente Un clamor por Colombia, que también circuló después con los aportes colectivos. A un tercer escrito lo llamé Disputas culturales en el Paro Nacional. Creo que las diferencias entre estos textos reflejan mis estados de ánimo por lo que ocurría en el Paro. Al principio intentaba recoger con objetividad lo que pasaba; después emití -emitimos- un grito desgarrador pidiendo apoyo al Mundo a partir del dolor que me causaban los asesinatos y las arremetidas violentas contra la gente. En el último, puse en juego una explicación racional de lo que se jugaba en el paro, más allá de las reivindicaciones económicas.

Cada semana se repetían las memorables páginas de entrega por lo colectivo junto a muestras inconmensurables de avaricia, tacañería, crueldad, sed de poder, ansias de sometimiento que al final son formas de tratar de mantener el poder por sobre todas las cosas. Miraba con desprecio las expresiones, los gestos y los discursos grandilocuentes de los representantes del gobierno y las élites que, si no desembocarían en tanto dolor y muerte, llamarían a risa por lo ridículo del sainete que representan.

Desde la soledad, comulgando con miles de personas en las calles, unidas espiritualmente por las ganas de producir cambios reales en esta sociedad de injusticias milenarias que empezaron desde el comienzo de nuestra historia republicana, vi cómo este país se transformó. Se mostraron al Mundo las muchachadas pobres de las barriadas urbanas, las personas marginadas de todos los pelambres, los malandros que viven asediando en las esquinas, las mujeres de todas las condiciones, indígenas de todas las etnias, afrodescendientes de todas las regiones, gente de la calle, personas trans, sindicalistas,

campesinos, estudiantes, profesionales, transportadores, la llamada clase media y todos los nadie y dijeron: “aquí estamos, véannos a las caras, hacemos parte de esta sociedad que nos relega, nos ignora y nos utiliza como ejecutores de sus peores miserias y sin embargo, ¡somos la primera línea de este país!”.

Era ese impacto de sentirnos un todo revuelto el que generaba esa comunión de millones de personas desconocidas unidas por la gesta del poder de transmutación que produce el optimismo de la voluntad (Gramsci). Parafraseando a Gianni Rodari aprendimos “lo que los niños enseñan a los adultos: la voluntad de la especie, la fuerza creadora, la capacidad de supervivencia y transformación del mundo. La capacidad de reaccionar ante las injusticias sociales” (citado por Nomdedeu, 2021).

El poder político y económico no cambió inmediatamente, pero el gesto de trastocar el funcionamiento autoritario de la sociedad fue glorioso y hubo alegría en los embriones de poder popular que se crearon en algunos puntos de resistencia; se expresó la felicidad de la autogestión en el manejo de los cuidados, en las ollas comunitarias y en el respaldo a las primeras líneas. Hubo alegría en eso, en sentirse parte de lo colectivo. El pueblo, en su condición de colectivo, imperó en Colombia en esas gestas de amor por la defensa de la vida. Lo colectivo desprendido del control estatal, aunque el control estatal armado, siempre amenazante, se asomaba clandestino en las esquinas para saldar sus escaramuzas sobredimensionadas con decenas de jóvenes maltratados, sin ojos, asesinados, desaparecidos, torturados, desmembrados, flotando en los ríos o incinerados.

Como homenaje, todos están representados en la escultura o el anti-monumento “resiste” de Cali. En esa significativa creación colectiva quedaron sus escudos, sus nombres y el esfuerzo de sus cortas vidas expresados en ese gesto poderoso de un brazo

extendido al horizonte que sostiene en su mano la palabra, la emoción, el sentido de todo lo hecho y vivido. “Resiste”, dice. Así de sencillo.

Pensaba que a mis 61 años no volvería a mi pasión adolescente por la agitación callejera, pero fui capaz de emocionarme y entender esos bríos juveniles de lxs principales protagonistas del Paro que generosamente resistían por la gente excluida de Colombia. Eso me llevó a participar en las marchas y velatonos citadas por los jóvenes, indígenas y feministas para ir al encuentro de la cercanía con los cuerpos y las voces que, sin haberlos conocido antes, desde el 28 de abril extrañaba como a mi propia familia.

Creo que mis amigas y yo dimos lo que teníamos y lo dimos con generosidad. Ideamos y llevamos a cabo varias iniciativas, entre ellas la alianza que organizó la Minga de mujeres del Caribe en varias ciudades de la región y posteriormente los eventos de las Minga y Tonga, para los cuales me empeñé una semana hasta sacar adelante la elaboración del logo de esta campaña. Preparé y compartí tres presentaciones sobre el paro, trabajo que implicó una exhaustiva búsqueda y selección de fotos, actividad que me volvió a poner la sensibilidad a flor de piel. Lloraba de nuevo frente a las imágenes de sus rostros y cuerpos juveniles tan inermes, tan frágiles, enfrentados a la maquinaria de la guerra. Qué osadía, qué ejemplo de integridad por un cambio de vida. Y lloraba por lo que pudo llegar a ser, pero también por todo lo que se perdió, por el desperdicio y por la desvalorización de todas esas vidas.

Así deben ser los días de una revolución (¿y acaso esta no lo fue?) con tantos cambios, ires y venires que pasamos de la rabia, el dolor y el llanto a la más sentida alegría y regocijo por la inmensidad de la creatividad popular frente a las afrentas. Cuánta inteligencia social desplegada, cuántas soluciones llevadas a la práctica, pero se imponen las armas, la militarización y la muerte.

La frase de Allison, la chica de Popayán de 17 años que se suicidó después de los abusos del Esmad, “me manosearon hasta el alma”, me llevó de nuevo a las calles y a participar en la magnífica jornada que jóvenes feministas organizaron en mi localidad. Pasaban los días y mi Indignación crecía frente a las negativas del gobierno para negociar seriamente y la expedición del decreto 575. ¡Cuánta perfidia frente a la movilización de la juventud del país! Sentimientos de alegría y tristeza, de frustración y esperanza, entusiasmo y dolor volvían reiteradamente. Pero sonreía de vez en cuando pensando en la solidaridad y en la puesta en marcha de dispositivos de funcionamiento colectivo que nos estaban mostrando otras rutas distintas a la dependencia frente al Estado.

Lo que indignó a la gente fue la injusticia de reprimir violentamente a lxs jóvenes que reclaman con sus cuerpos, voces y creatividad el derecho a vivir dignamente. Frente a eso, la ciudadanía se movilizó y respaldó el paro. El gobierno, a través de los grandes medios de comunicación a su servicio, supo vender con el paso de los días el mensaje de que las “primeras líneas” estaban infiltradas por el ELN, las disidencias de las FARC y grupos de microtráfico

y que eran financiadas por el Pacto Histórico. Eso debilitó el respaldo, pero al final fueron la represión atroz y la negativa del gobierno a negociar el punto de las garantías para la protesta social los elementos que en definitiva desactivaron la movilización masiva en las ciudades y llevaron a los puntos de resistencia a negociar localmente. Y en los medios se impuso la imagen de una “primera línea” violenta, junto a la explicación de que la crisis de la economía fue resultado de los bloqueos y que estos también serían la causa del aumento de los contagios de Covid 19.

Agradezco a la vida haber vivido este momento de la historia de Colombia. Qué estremecimiento tan contundente de los cimientos de nuestra sociedad. Y después de esto todavía el presidente de este país se empeña en sus alocuciones ¿elucubraciones? en mostrar que nada ha pasado y nada ha cambiado. Pasó mucho y empezaron los cambios. Mi cuerpo me dice que nada será igual después de estos tres meses de sacudón social. No tenemos nociones suficientes para medir hasta dónde nos marcará este paro.

Valledupar, 28 de julio de 2021